

EL SECRETO DE LOS CÁTAROS

¿Quiénes eran los cátaros?

Los defensores de la doctrina según la cual una cadena de iniciados habría transmitido el conocimiento secreto desde la Antigüedad hasta el día de hoy, ven al fenómeno cátaro de diferente manera que los historiadores más o menos ortodoxos. Estos últimos sostienen que el catarismo es un movimiento social de masas homologable a otras herejías que proliferaron en Europa Occidental entre los siglos XI y XIII. Tal efervescencia herética sería consecuencia de los propios males de la Iglesia, así como de la crisis de crecimiento de la sociedad medieval.

Pero existe otra corriente de opinión. Ésta sostiene que el fenómeno cátaro es algo distinto a un simple movimiento de renovación espiritual. El catarismo sería, ni más ni menos, una doctrina inspirada por un conocimiento de orden superior. Los mártires cátaros fueron torturados y quemados vivos, no por herejes, sino por iniciados. Y ello no obstante, los supervivientes lograron conservar la semilla del conocimiento secreto, y difundirla a generaciones posteriores, a través de diferentes colectivos sociales y sociedades secretas (o discretas) que iremos desgranando a lo largo de este artículo.

Los más (especialmente los especialistas ortodoxos) se inclinan por la teoría según la cual “cátaro” deriva del griego καθαρος (puro), que está en la base del término “catarsis” (purificación), y del alemán *ketzer* (hereje). Pero existe otra posibilidad: la Iglesia oficial consideraba, como es bien sabido, a esta herejía como una expresión de satanismo o de culto al diablo; por ello la propaganda del catolicismo romano hacía remontar el término del latín *cattus*, el gato negro asimilado al Príncipe de las Tinieblas. Desde mi punto de vista, esta segunda interpretación –aunque vilipendiosa– se acercaría más a la verdad, por unas razones que explicaré más adelante. Pero continuemos con nuestro relato acerca de los misteriosos –y atribulados– cátaros.

En resumidas cuentas, los «puros» (es decir, los que han recibido el bautizo, o *consolamentum*) se llamaban entre sí Juan o Juana; su Iglesia era denominada Iglesia del Amor (o cristianos de San Juan, o Iglesia de María); rechazaban el Antiguo Testamento (y buena parte del Nuevo); su doctrina era dualista (creían en la existencia de dos principios fundamentales: el bien y el mal); y su distintivo fundamental era la pata de oca, o bien la cresta del gallo, el «ave que anuncia el Sol» (de ahí su denominación como patarines, y también como *chrestiaa*, que como es natural no deriva del Cristo ortodoxo que todos conocemos) ¹.

¹ La pata palmeada se encuentra detrás del simbolismo de ciertas sociedades iniciáticas. Cuatro patas de oca unidas por el centro constituyen la cruz paté de Occitania y de la orden templaria (paté deriva de «pata palmeada»). Dos cruces paté yuxtapuestas (una blanca y otra negra) constituyen el octógono sagrado de los templarios, muy empleado en la arquitectura gótica catalana. No hay torre en Barcelona que no tenga como base el octógono. Allí encontraremos una de las pocas plazas octogonales del mundo: la plaza Milans, sita en lo que otrora fuera la capilla del Palacio Menor de los templarios.

Los cátaros, como los llamados cagots (lo cito en mi libro *El conocimiento secreto*), eran llamados «patarines», no aludiendo a la patera (a la «copa sagrada»), sino a la pata de oca, que, por cierto, llevaban cosida —en una pieza de paño rojo— en su manga derecha. En fin, la oca es un elemento iconográfico (de carácter gnóstico, cátaro y pagano) de primera categoría. En términos simbólicos, representa el hermafroditismo, que es una forma de denominar a la «dualidad primordial». Según Juan

Si en algo se ponen de acuerdo los estudiosos de las cosas antiguas, es en el origen oriental de sus creencias. El catarismo tiene claras resonancias gnósticas y maniqueas. En definitiva, los “perfectos” pensaban que en este valle de lágrimas, llamado “mundo de los sentidos”, se desarrolla una pugna continua entre dos principios irreconciliables: el Bien y el Mal; o dicho con otras palabras, la Luz y las Tinieblas. El primero define el elemento constituyente del alma, encerrada en un forro de materia (nuestro cuerpo); el segundo es todo aquello que se puede ver, oler y tocar, es decir, la realidad tangible. El Dios del espíritu se enfrenta al Dios de la materia (Satán, nuestro Yahvé) por adquirir la primacía en la continua batalla entre el Bien y el Mal.

Se dice que el catarismo occitano, lombardo o alemán tenía fuerte influencia bogomila (una secta búlgara de obediencia maniquea). Lo cierto es que tanto los bogomilos búlgaros como los mismos cátaros occidentales tienen un precursor común: Prisciliano, heresiarca hispano de rica alcurnia, que ostentó el cargo de obispo durante el siglo IV, en tiempos del emperador Máximo. Su rigorismo y su doctrina gnóstica y maniquea fueron empleados por los novacianos para diferenciarse del catolicismo ortodoxo. Éstos se llamaban a sí mismos “puros”, término que posteriormente sería recuperado por los cátaros.

La gnosis es conocimiento, pero también doctrina de salvación. Para los gnósticos, especialmente los maniqueos y los cátaros, el mundo material es esencialmente malo. El Demiurgo (Sumo Hacedor) del mundo tangible es un dios del mal, y sería equiparable al Satán de los cristianos (el Príncipe de las Tinieblas). Es decir, el Yahvé todopoderoso que nos hizo a su imagen y semejanza sería en realidad, para los gnósticos (y cátaros), el responsable de todo lo que de malo, corrupto y percedero existe en este valle de lágrimas.

El dios auténtico, el Príncipe de la Luz (el Lucifer celestial) habría dejado su destello, su huella, sólo en nuestro espíritu, en lo más profundo de nuestros corazones. Para los cátaros, y para los gnósticos en general, la única manera de eliminar el mal, para recuperar lo poco que de puro y numinoso retiene el ser humano, consiste en procurar la extinción de la propia vida, ya sea a través del suicidio, del sacrificio, del martirio, o bien de la negación de la procreación.

El gnóstico se reconoce como un extraño en el mundo, y siente nostalgia por la grandeza excelsa del Bien Supremo, especie de nirvana espiritual alcanzable sólo por medio del aniquilamiento, de la autonegación como entidad material. Como veremos en su momento, los cátaros, descendientes directos de los maniqueos en el Occidente europeo, eran tachados de ultrapuritanos, de negacionistas de la vida. Así, entre los ojos del pueblo humilde eran vistos como maestros de virtud, continencia y sabiduría (por eso eran llamados “perfectos”, o “puros”).

El gnosticismo, en definitiva, es tanto un metalenguaje, una forma críptica de conocimiento, que trata de transcribir de forma simbólica una serie de ideas complejas, como un “camino de salvación”, que sitúa al adepto en relación al espíritu (emanación de Dios, el Lucifer celestial) y al mundo (su corporeidad material, maculada por el mal y el pecado). El tratado hermético titulado *La Llave* asegura: “La perversión del alma es la ignorancia; porque el alma, cuando no conoce nada de los seres ni de su naturaleza, ni tampoco del Bien, ciega total, sufre el combate que contra ella levantan las pasiones del

Eduardo Cirlot, la oca alude al dios andrógino de muchas religiones primitivas, al rebis de los alquimistas, y al hombre bisexuado de Platón.

cuerpo, y desgraciada, ignorándose a sí misma, sirve de esclava a cosas que le son ajenas y corruptas, y carga el cuerpo como un pesado fardo”. Desde este punto de vista, la ignorancia hace a los hombres esclavos del mundo y sus pasiones; la gnosis (el conocimiento) los libera.

Sea cual sea el origen de los cátaros, éstos se distinguían de los cristianos ortodoxos por su rechazo a buena parte del Antiguo Testamento ², de los Sacramentos (que sustituyen por otros ritos más cercanos a su doctrina), de ciertos símbolos cristianos y, especialmente, de algunas costumbres populares que ellos consideraban bárbaras o pecaminosas.

Como los templarios, sentían predilección por el Evangelio de San Juan; el más filosófico de los cuatro reconocidos por la Iglesia ³. Como muy bien expresa Otto Rahn, en su *Cruzada contra el Grial*: “Resulta más que sorprendente que esta doctrina (es) a la vez la más tolerante y la más intolerante entre las cristianas”. Jesús Mestre, en su obra *Los Cátaros*, resume en pocas palabras lo esencial de su fe: “El pecado es la sujeción al mundo, su piedra angular”. La mitología cátara establece que el pecado original no es un pecado de orgullo, sino carnal: la unión sexual de Adán y Eva, del hombre y la mujer. Porque para los “Perfectos” no existe pecado venial: todos los pecados son mortales. Y lo son porque la cópula y el goce carnal suponen para el individuo la sujeción al mundo.

Es forzoso insistir en un detalle capital: Jehová, para los cátaros, es el Maligno, el Príncipe de las Tinieblas. La causa de todo mal está en la esfera de lo material, que es obra de Satanás, puesto que el Dios de la Luz no puede haber creado este mundo imperfecto. Los perfectos llamaban al Demiurgo, por otro nombre Satanás, el Gran Arrogante. El verdadero creyente, el Puro, debía consagrarse al Dios de la Luz (o del Espíritu) renunciando al cuerpo y al placer. Los cátaros, como los gnósticos, se llamaban a sí mismos “hijos de la Luz”.

Los cátaros sostenían que nada humano —carnal y material— puede ser puro o bueno; y por ello no aceptaban que el Hijo de Dios fuera un hombre como los demás. Finalmente solucionaron esta antinomia estableciendo que Jesús sería un Ángel a quien Dios ordenó salvar al mundo a través de sus enseñanzas. Era el Salvador, el Enviado. Negaban su sacrificio en la Cruz y, por supuesto, el valor simbólico de esta última (así como la Eucaristía, o la transustanciación del cuerpo de Cristo en la hostia sagrada). María sería la Sofía (la Sabiduría). Para los gnósticos, ella era el Espíritu Santo-Mujer, «la que engendra sin cónyuge», el Paráclito (el Consolador de los Fieles), la mediadora entre Dios y el Mundo.

Los heresiólogos, inquisidores y jueces del brazo secular reprochaban a los cátaros su carácter ultrapuritano, por demandar un nivel de sacrificio que estaba al alcance de muy pocos. Recordemos que los cátaros exaltaban la continencia sexual y la abstinencia hasta el punto de rechazar el matrimonio nuclear, condenar la carne y abominar los alimentos grasos. De ello da fe la ceremonia del *consolamentum*, por la cual el neófito se convertía en Perfecto,

² Reconocían únicamente los libros de los Profetas, los Salmos, el libro de Job, los escritos de Salomón y el libro de Sabiduría.

³ Así, hacían suyo el siguiente pasaje: “El espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (San Juan, 6:63). Y también éste: “En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la abrazaron” (San Juan, 1:4-5).

tras romper el vínculo de matrimonio con su cónyuge. El compromiso solemne del nuevo hermano reza así:

“Prometo consagrarme a Dios y a su Evangelio, no mentir jamás, no jurar jamás, no tener contacto con mujer alguna, no matar ningún animal, no comer carne y alimentarme sólo de frutos. Prometo además no viajar, ni vivir ni comer sin uno de mis hermanos y, caso de caer en manos de nuestros enemigos o ser separado de mi hermano, abstenerme durante tres días de todo alimento. Prometo asimismo no traicionar jamás mi fe, sea cual fuere la muerte que me espere”.

Terminada la ceremonia, el neófito se retiraba a la soledad, para ayunar durante cuarenta días a régimen de pan y agua. A esta mortificación se le llama *endura*. Sólo entonces era considerado Perfecto. Todos los demás, los que comulgaban o simpatizaban con sus ideas, pero no se veían capaces de vivir tal existencia de sacrificio y rigor, eran llamados adeptos (con minúscula). Únicamente los Perfectos, si mantenían su promesa y ejercitaban una vida recta, tenían asegurada la Salvación. Los adeptos, ligados aún a la carne y a la materia, debían transmigrar a otro cuerpo para, a través de varias purificaciones, poder ascender a la calidad de Perfectos.

De este modo, se establecía una diferenciación *de facto* entre el núcleo duro de iniciados y los meros adeptos, que prefigura la estructura dual (y gradualista) de las sociedades secretas y discretas que se sucedieron con posterioridad: desde los templarios hasta la moderna Masonería.

Una de las mayores paradojas del catarismo consiste en su permisividad hacia los adeptos por lo que se refiere a la moral sexual. En pocas palabras, si alguien no podía rechazar el placer, era preferible la unión libre (la promiscuidad o la relajación sexual) al vínculo matrimonial. Como asegura Jean Pierre Leduc en *Los Cátaros*: “Paradójicamente, su desprecio de la carne les conducía a alentar la libertad sexual, predicando al mismo tiempo la contracepción”.

Además, siendo los cátaros enemigos de la materia, empleaban las fuentes y las cuevas, tan asociadas a antiguos cultos paganos, como espacios sagrados donde celebraban sus ceremonias. Por ejemplo, Ramon Roger, el joven Trencavel, fue recibido como “creyente” en la espulga (cueva fortificada) de Ormolac.

En definitiva, el catarismo es una doctrina compleja y contradictoria, lo que hace más inverosímil que tantos miles de Perfectos y Adeptos prefirieran aceptar con serenidad de ánimo el martirio, antes de abjurar de sus creencias. ¿Por qué? ¿Tal vez porque se creían custodios de un Secreto por el que valía la pena morir? ¿Y en tal caso, en qué consistía?

Otto Rahn, estudioso del fenómeno cátaro, y uno de los cachorros de Himmler, lo tenía muy claro. Los cátaros eran los custodios del Grial, y la Cruzada contra los cátaros fue en realidad una cruzada contra el Grial. El mismo Heinrich Himmler se sentía heredero de la doctrina cátera, confesando al padre Ripoll de Montserrat, con ocasión de su visita al monasterio el día 23 de Octubre de 1940: “En Montserrat se propugnó la herejía albigense, con la que nosotros (los nacionalsocialistas) tenemos tantos puntos de contacto”⁴.

⁴ Raguer, Hilari. “Himmler en Montserrat”. *Historia y Vida* número 158. Mayo de 1981.

Según la tradición, los cátaros guardaban el Grial en la fortaleza de Montségur, y el 14 de Marzo de 1244 sucedió algo extraordinario que impulsó a algunos soldados a convertirse, y a aceptar la muerte con alegría. Baigent, Leigh y Lincoln explican este extraño suceso en su magna obra *El enigma sagrado*: “Fuera lo que fuese dicha festividad, está claro que causó cierta impresión en los mercenarios contratados, algunos de los cuales, desafiando una muerte inevitable, se convirtieron al credo cátaro”⁵.

En palabras de Otto Rahn, un pastor de ovejas del país le contó la siguiente historia: “Cuando aún estaban en pie los muros de Montségur, los cátaros, los puros, custodiaban dentro de ellos el Santo Grial. Montségur estaba en peligro; los ejércitos de Lucifer se hallaban ante sus murallas. Querían hacerse con el Grial para insertarlo de nuevo en la diadema de su príncipe...”⁶.

Pero los Puros tuvieron tiempo de resguardar el precioso objeto. La noche de la caída de Montségur cuatro cátaros descendieron mediante cuerdas desde la cima de la montaña hasta el fondo de la garganta de Lasset para entregar el tesoro de los herejes a sus legítimos poseedores. El Grial fue ocultado en una de las grutas del Sabarthez, y con el tiempo fue a parar a un refugio seguro, donde –según se dice- aún permanece a día de hoy.

Pero aquí no acaba la historia. Los templarios, hermanos de credo de los cátaros, hicieron todo lo posible para ayudar a los Perfectos. Les permitieron escapar hacia otras tierras menos hostiles, como el Reino de Aragón y el Norte de Italia, donde vivieron –aparentemente- en paz y tranquilidad hasta la muerte del último cátaro oficial: Bélibaste, quemado en la hoguera en 1321. En ese momento pasaron a la clandestinidad, pero no dejaron de existir en absoluto, como apunta Juan García Atienza en su *Guía de la España Griállica*:

“De ser, como lo fue en sus inicios, un poderoso y sin duda atractivo movimiento religioso erigido como alternativa al poder y la sumisión exigida por la Iglesia de Roma, el catarismo pasó a ser, a fuerza de persecuciones y matanzas, una forma de conciencia solapada que emergía en la vida social y cultural de las comarcas pirenaicas como el recuerdo de algo que no por imposible era menos añorado. Hoy mismo –es un secreto a voces- el catarismo existe, siquiera en su vertiente visceral más pura. Sigue habiendo perfectos, aunque esos perfectos lo sean por libre y sin obediencias estrictas a textos que, en su mayor parte, fueron destruidos; sigue habiendo gentes que recuerdan que sus antepasados fueron convertidos en cenizas en las piras de Béziers, de Montailou o del Camp dels Cremats de Montségur. Y hasta quedan quienes tampoco han olvidado que, hace ya muchas generaciones, los suyos tuvieron que atravesar la barrera de los Pirineos y refugiarse en Aragón, en Cataluña o en el Maestrazgo valenciano, y hasta en Mallorca, para salvar la vida ante la constante amenaza de una denuncia que podía terminar en los

⁵ Peter Berling, en *Los hijos del Grial*, recrea esta ceremonia, destacando su carácter “mágico”: “¿Qué verían allá dentro los escogidos que no le sería posible comprender a él? ¿Cuál era la fuente de aquella claridad sin sombras, sin oscilaciones, que irradiaba sobre los reunidos?”. Aquí el novelista nos describe algo (¿el Grial?) que emite una luz pura y continua, tan diferente a la que ofrecían las luminarias y las antorchas propias de su tiempo. ¿Tendría este suceso algo que ver con las súbitas conversiones de soldados y mercenarios que, de este modo, quedaban irremediabilmente condenados a morir en la hoguera?

⁶ *Cruzada contra el Grial* (Hiperión, Madrid, 1994). Pág. 66.

calabozos que les reservaban a los herejes contumaces los padres predicadores que monopolizaban la represión en las tierras de Occitania” .

La doctrina oficial establece que el catarismo catalán es heredero de la Iglesia hermana de Occitania. Hasta cierto punto ello es así: la población catalana se dobló en pocos años tras la huida masiva de los cátaros del Languedoc. En palabras de Anna M. Adroer y de Pere Català, «el foco (cátaro) de Tolosa de Languedoc irradió por la península Ibérica, extendiéndose por Cataluña, Aragón, Navarra y León»; y añadido yo: coincidiendo con las áreas de mayor población cagot (véase más abajo). Los cátaros del norte aportaron a estas regiones buena parte de las técnicas de la industria lanera que harían prosperar sus ciudades. En esta operación masiva de «huida hacia el sur» no estaban solos: los templarios, haciendo valer su papel de «servidores del peregrino», hicieron todo lo que estaba en su mano para ayudarles: dándoles refugio en sus encomiendas, u ofreciéndoles apoyo logístico en el trayecto desde el castillo de Montségur hasta Berga, por el sendero llamado comúnmente *Camí dels Bons Homes*.

Y digo que «hasta cierto punto el catarismo catalán es heredero de la Iglesia albigense» porque la herejía pirenaica y catalana tiene raíces propias, como demuestra la persistencia de tradiciones heterodoxas ya desde tiempos muy antiguos. La primera es el gnosticismo, difundido en España a través del maniqueo Marco el Egipcio (hacia el 330) y de su discípulo Prisciliano. La segunda, tal vez la más importante doctrina herética en este país, es el adopcionismo de Feliu d’Urgell, con amplio respaldo en el área pirenaica. El adopcionismo fue importante para perfilar la noción cátara de la figura de Cristo: en pocas palabras, el Redentor no tuvo un verdadero cuerpo material, como los demás hombres, sino que sería un Ángel adoptado por Dios para ejercer la función de Salvador. La Encarnación sería una apariencia engañosa: «*Incarnationem non vere sed fantastice profitentur*».

La tradición cátara continuó viva en la literatura y en el esoterismo cristiano. Jean Renart, en su *Roman de la Rose*, dice así: “Amor debe ser tan discreto / Allí en donde se encuentre / De manera que no tenga dolor ni gozo / Salvo el que lo viva”. Amor es la Iglesia de los Perfectos, porque es la contraiglesia de Roma (Amor es el palíndromo de Roma). Amor es la Jerusalén Celeste, en contraposición a la Babilonia del Apocalipsis de San Juan.

Ramon Llull, en su *Llibre d’amic e amat* (Libro de amigo y amado), aclara que la doctrina del Amor está velada por el secreto, al que sólo los adeptos pueden acceder: “*Car ab secret té l’amic secret los secrets de son Amat (Dios), e ab secret los revela, e ab revelació los té secrets*”, o bien “*Turmenten-me los secrets de mon amat, con les mies obres los revelen, e cor la mia boca los té secrets e no els descobre a les gents*”⁷.

Y es por ello que, ya en la clandestinidad, deben mantener el Secreto, como única manera de salvaguardar su tesoro, hasta el tiempo en que, como

⁷ Parágrafo 74 y 31, respectivamente. Este lenguaje en clave, velado, distingue a los adeptos de los legos, y permite que aquellos puedan reconocerse entre sí: “*E l’escuder li dix que los uns secrets d’amors revelen los altres, e per açò han coneixença, los amadors, los uns dels altres*” (parágrafo 154). Los “secretos del amigo” y las “*hosts e gran companyes que són ajustades d’esperits d’amors*” son dos claras alusiones a una doctrina –cátara- en vigor entre los círculos de iniciados. Ciertas órdenes mendicantes – como los franciscanos- y el culto a la Virgen María habrían adoptado algunos de los dogmas de esta doctrina herética.

dice la Profecía: “Al cabo de setecientos años (después de la muerte de Bélibaste, el último cátaro) reverdezca el laurel”. Ello sucederá el año 2021.

El secreto de los cátaros

Cuando, ahogado en sangre, el fenómeno cátaro llegó a su fin en Occitania, multitud de adeptos y perfectos se trasladaron a dos territorios alejados entre sí: por un lado, a la Corona de Aragón, y por otro, a las comunas itálicas. Allí se llevaron su maestría en las artes manufactureras (especialmente en la industria textil), y posiblemente también los últimos brotes de su fe.

Languedoc alude a la lengua de la oca (*langue d'Oc*); es decir, al país donde se habla el argot, el lenguaje secreto de los iniciados. Ello, por supuesto, no es más que una exageración: el occitano es lo que es; es decir, una lengua románica emparentada con el catalán. Pero hay más. La lengua de la oca acabó por influir al mundo occidental, no sólo a través del *trobar clus* de los trovadores, sino también de los «cuentos de la madre oca», narraciones en las que el esoterismo se mezcla con el decorado maravilloso, mágico y legendario del Paraíso Perdido. Esta tradición hermética tuvo continuidad en el llamado juego de la oca⁸ y en las Aucas (o aleluyas) del entorno catalán (historias edificantes dibujadas en cerámica o en papel, precursoras del moderno cómic).

Así pues, si Occitania es el «país de las ocas», Catalonia es el «país de los gatos» (del latín *cattus*). Tan sencillo como eso. Los gatos dieron nombre no sólo a los catalanes, sino también a los cátaros. Según la tesis oficial, «cátaro» deriva de *katharós* (limpio, puro). Pero existe otra posibilidad: que «cátaro» haga referencia a los «adoradores de los gatos»⁹. No olvidemos que estos animales han sido considerados seres divinos por diversas culturas. Según el *Wordsworth Dictionary of Phrase and Fable*, en el Antiguo Egipto era reo de muerte quien matara a un gato, aunque fuera por accidente. Ello es así porque representaba la forma animal de Bastet, la «diosa felina», personificación de la Diosa Madre, de la Luna, y de la consorte de Osiris, la inmortal Isis.

Los cátaros conocían muy bien estas minucias etimológicas. El nombre del «último cátaro» reconocido por la Historia, Belibaste (muerto en la hoguera en 1321), se compone de dos partículas (Bel y Bastet) que significan, literalmente, «Señor» y «Diosa gato», o dicho en términos más claros, Sol y Luna, o bien Osiris e Isis.

Los cátaros se tomaban muy en serio el simbolismo: en ello les iba la vida. Tanto es así que les debemos la costumbre, hoy tan habitual, de darnos la mano en el momento de presentarnos (o saludarnos). Fue suya la idea de usar el palíndromo de Roma (Amor) para denominar a su Iglesia. Éste sería uno de los nombres en clave de su *trobar clus* (lenguaje secreto). El Amor representa a la Dama, denominación de la Diosa-Gato, o Diosa Madre (Isis, Bastet, María o Magdalena).

⁸ La naturaleza iniciática del juego de la oca es evidente si tenemos en cuenta que fue prohibido en España durante los siglos XVII y XVIII. El diccionario etimológico de Joan Corominas, en su referencia *oca*, cita la siguiente execración: «*Joch malvat, traydor de l'auca que tants ne fa anar en mala hora*» (documento de Barcelona de 1633).

⁹ El término griego *αρα, ασ, η*, *as, e-* significa literalmente «oración, súplica».

Los cátaros no dejaban nada al azar; incluso sus nombres tienen un significado que les identifica entre sí. Por ejemplo, Gérard de Sède alude a la costumbre, dentro de la casa de Foix, de ponerse nombres «solares»: entre otros, Rai-mundo (Rey del Mundo, o bien Rayo del Mundo), Atón, Febo, o bien Esclar-Monda (Luz del Mundo). En Cataluña, esta costumbre dio origen a la leyenda de Soler de Vilardell, el héroe solar (de ahí Soler) de espada milagrosa que, como Hércules, el Arcángel Miguel o san Jorge, mató al Dragón de Sant Celoni.

Donde hay gatos —especialmente si son negros— hay brujas, y donde hay brujas hay o ha habido cátaros... Para mi descargo, diré que esta idea no es mía. Fue otra persona, mucho más docta que yo en materia de catarismo, la que lo sugirió. René Nelli no niega la posibilidad de que la brujería medieval haya podido derivar indirectamente de un dualismo mal interpretado o mal comprendido. De hecho, esta idea nos ha pasado por la cabeza, sobre todo cuando hemos comprobado una coincidencia en los lugares donde tenemos noticias de cátaros: aquí, además de haber templarios (sobre todo en la Cataluña Nueva), también tenemos noticias de brujas. Con eso no quiero decir que el catarismo «fabricara brujas», pero sí que habría podido influir de alguna manera, de forma inconsciente, en la aparición de éstas.

La leyenda es de todos conocida: cuando llega la noche, las brujas se convierten en gatos negros, y con sus ojos centelleantes «encantan» y «atrapan» a sus víctimas. Esto no es como para tomárselo a broma. Miles de hechiceras —o supuestas brujas—, que en su mayor parte eran personas inocentes que ejercían una noble labor como comadronas y curanderas, fueron quemadas como algo peor que «herejes»: como «servidoras del diablo», enemigas de los buenos cristianos (los mismos que aplicaban sobre ellas la violencia y la intolerancia).

Hay mucho que decir sobre la figura de la «bruja» como heredera de un antiguo saber; como residuo de una época —matriarcal— en la que la mujer tenía un rol social muchísimo más relevante. En todo caso, la brujería es, como el dualismo gnóstico, una reminiscencia del druidismo íbero que posteriormente desembocó en el catarismo pirenaico y occitano.

El término bruja deriva de una raíz (BRSH), de origen oriental, que alude tanto a una droga (*Datura Stramonium*) como a una escoba (*Mibrsha*, en siríaco). Esta identidad no es casual, porque el estramonio, al igual que la «escoba mágica» de las brujas, permite elevarse en el subconsciente; o como dicen los jóvenes de hoy en día, «alucinar». El BRSH, o estramonio, era llamado «hierba del diablo», «hierba de los brujos», o «hierba de los magos», siendo empleado para hacer olvidar al consumidor el recuerdo de ciertos hechos, o para ofrecerle «ilusiones consoladoras» (como por ejemplo «volar»). De ahí la palabra inglesa *brush* (escoba) y la palabra catalana *brossa* (cepillo con cerdas fuertes, empleado para limpiar los caballos; o bien el conjunto de los desperdicios que se lleva la escoba).

Las brujas, tal como las conocemos hoy en día, son un producto medieval. En Cataluña-Aragón se las menciona por vez primera con este nombre (*bruixot* o *bruixa*) en un documento del siglo XIII, y posteriormente en las Ordinaciones y Paramentos de Barbastro. La primera noticia de la detención de una bruja tiene lugar en Castellbò (1313); es decir, en el epicentro del catarismo catalán. En definitiva, la brujería, como el culto al gato, es heredera del catarismo.

A la presencia de cátaros y templarios en las zonas de influencia brujeil hemos de añadir la existencia de cagoterías, es decir, de comunidades étnicas, supuestamente descendientes de los cátaros o de los masones operativos, que han recibido el nombre de cagots (en Francia) o de agotes (en España). Estos grupos humanos, como explico en mi obra *El conocimiento secreto*, serían transmisores de la Tradición Primordial a lo largo de los siglos, tras la supuesta extinción de los últimos círculos de «iniciados».

El movimiento sanjuanista (o cátaro) dio lugar —siglos después— a la Fraternidad Rosacruz, primero, y a la masonería, después. En cierto modo, el catarismo no murió, sino que se transformó y se intelectualizó. Existe un neocatarismo ideológico que ha sido asumido e interiorizado por las elites; no sólo seculares, sino también religiosas.

La Tradición asegura que la Fraternidad Rosacruz deriva del movimiento albigense, y que a través de los trovadores, y de los *Fedeli d'Amore* (círculo en el que participaba Dante Alighieri), el legado cátaro se perpetúa hasta cristalizar en la figura legendaria de Christian Rosenkreutz. Jean Rivière¹⁰ nos aporta una curiosa información, según la cual un tal Fr. Wittermans, a partir de lo dicho por M. H. Roegen von Floss, de La Haya, revela lo siguiente:

“Según una tradición que existe en la familia Von Roesgen Germelshausen, sus miembros se habrían contado entre los iniciados a los misterios germánicos; el asesinato en 1208 del legado pontificio, Pierre de Castelnau, proporcionó al papa Inocencio III el pretexto para confiar a los dominicos el cuidado de exterminar la Orden de los Albigenses. El castillo de Germelshausen fue sitiado, saqueado e incendiado. Toda la familia fue exterminada de la manera más bárbara. El más joven de la familia, Christian, se salvó y huyó, dirigiéndose siempre hacia el este. Yudado por correligionarios, llegó finalmente a Turquía y Arabia, donde lo juzgaron digno de desvelarle los secretos de la Orden de los Rosacruces, que florecía desde hacía tiempo en esos países. De vuelta a Europa, Christian renunció a su nombre de familia y tomó el de Christian Rosenkreutz”.

Ésta es una de las leyendas que circulan en torno a dicha figura mítica. Verdadera o no, nos presenta a un personaje (Christian Rosenkreutz) que se inicia en el saber de Oriente, para retornar a Europa con la misión de «reformar el mundo» y de advertirnos del Milenio, el cual tendría como prólogo la revelación de los grandes secretos de la Tradición Primordial, y como resultado el retorno a una Edad de la Inocencia adámica (y saturnina). Las pretensiones de Christian Rosenkreutz serían rechazadas en España, un importante enclave de la Tradición. Sus Axiomata, que pretendían corregir los errores de la Iglesia y de la Filosofía Moral, fueron allí objeto de escarnio. Tras retornar a su patria (Alemania), optó por reservar dichos conocimientos a los «sabios y entendidos», y antes de morir, con la ayuda de tres fieles colaboradores, redactó un fabuloso Libro M (¿de las Maravillas?), el cual —según parece— estuvo en manos del mismísimo Paracelso, uno de los maestros de la alquimia en el siglo XVI.

¹⁰ Jean Rivière (*Historia de las doctrinas esotéricas*. Dédado, Buenos Aires, 1976, pág. 350) asegura que las huellas de la existencia de la Fraternidad Rosacruz se remontan a 1250, aunque debemos esperar a 1600 para ver constituirse las Hermandades Rosacruces propiamente dichas.

Buena parte de las corrientes iniciáticas actuales (entre ellas, las caracterizadas por la filosofía *New Age*), así como de las sociedades secretas o discretas de carácter esotérico (por ejemplo, ciertos Ritos masónicos), beben de la fuente del gnosticismo, de una u otra manera. Lo más preocupante del caso es que, como hemos tratado de dejar bien claro, este tipo de creencias se fundamentan en la “negación del mundo sensible”, así como en el repudio de los usos y las costumbres del pueblo llano, proclive al hedonismo y al materialismo.

Las elites, neognósticas y maniqueas, herederas del catarismo y del templarismo, a duras penas extirpados por la Iglesia oficial, son fieles a la doctrina del Paráclito (el Espíritu Santo), del Sóter (Salvador), y de la Parusía (Juicio Final). Su pensamiento, de carácter profético y apocalíptico, ávido de revelaciones y de mesianismos, es inquietantemente perturbador en los tiempos que corren. Protagonistas de una Nueva Era en la que ellos son los elegidos, como insistentemente proclaman en las superproducciones cinematográficas al estilo *New Age*, son los heraldos del Fin de los Tiempos, que tan inocentemente anticipó Paco Rabanne, y más modernamente, el inefable Dan Brown (*El Código Da Vinci*).